

monásticas y piadosas, a despecho de la tolerancia y de la libertad, religiosa é individual; y proclama, por otra parte, la utilidad y el derecho de las asociaciones: pues hé aquí una que está autorizada por la constitucion política de la actualidad (año de 1869), y que en ninguna manera hiere las leyes opuestas a la constitucion que se llaman de Reforma, sinónimo del protestantismo.

Esta institucion parece propia de los pastores y prelados de la Iglesia, quienes promueven las misiones entre fieles, los ejercicios de San Ignacio y otras obras, que no tienen otro fin, que reformar las costumbres, combatiendo la relajacion. ¡Qué digno centro de una asociacion especial, que extienda sus radios hasta los últimos términos del círculo de sus diócesis! Ella es necesaria a los párrocos, entre cuyos feligreses, por muy relajados que sean, nunca faltarán, aunque sean cuatro ó seis buenos cristianos, a quienes hacer sus buenos cooperadores, sus segundas manos para llegar al término hoy, y de otro modo, imposible, de la correccion y amonestacion del amancebado, del escandaloso, del mal cristiano, oveja descarriada. De esta institucion puede ser centro el celoso y apostólico sacerdote que recibe de Dios el arma poderosa de la predicacion; y completar, con sus hijos

espirituales, enseñándolos y estimulándolos, su círculo, cuanto más extenso, mejor.

Y se dice, que de ninguna manera puede ser atacada esta institucion, porque ella no es órden religiosa, ni cofradía, ni santa escuela. Ni necesita, ni posée fondos, fincas, capitales; ni pide, ni recibe cornadillos, ni limosnas ó mensualidades; ni celebra juntas, ni nombra consejeros, ó vocales ó dignatarios; ni se obliga con constituciones, ó reglas, ó prácticas especiales ni extraordinarias; ni hace más, en fin, que recomendar al propagador que se aconseje con su centro, que acuda á su llamado; que obre de acuerdo con él en los casos graves, y que lo obedezca hasta donde sea posible, sin imponerse una nueva obligacion: si el centro es su obispo ó su cura, que si fuere otra persona ninguna responsabilidad obligará su conciencia, si no es la de razon natural.

Por consiguiente, la única constitucion y regla de un propagador, es la ley de Dios y la de la Iglesia; las prácticas de un buen cristiano, la asistencia a los sermones y doctrinas de su cura; la frecuencia de sacramentos, como la practica un católico exacto, y el empeño de evitar pecados; mas aún, de ganar almas para Dios por todos los medios y con todos los esfuerzos posibles. No es esta una institucion fundada por

nadie. El fundador será el primero que acometa la empresa, si es dable, sin que se sepa su nombre. Cuando más, él llevará para su gobierno un registro privado de los nombres, edad, profesion, vecindad y demas circunstancias de sus colaboradores, los cuales no necesitan conocerse entre sí.

Pueda ser que con el tiempo, aumentándose las reuniones y calmando las exageraciones del liberalismo intolerante, los señores obispos, únicas autoridades á quienes compete, se dignen regularizarlas y aumentarlas de otra manera; darles una sancion jurídica ó canónica; obtener gracias especiales de la Santa Sede en favor de los propagadores, y levantar así en la Iglesia un cuerpo mas formal y compacto. Si fuere la voluntad de Dios, así sucederá. Si esta obra no fuere de Dios, caerá por sí misma. Así decia Gamaliel á los del Concilio de Jerusalem en los primeros dias de la Iglesia, cuando se empeñaban en que no se anunciara el nombre de Jesus.

CAPITULO II.

IMPORTANCIA DE LA PROPAGACION.

Nos persuadirá de ella esta sola consideracion. Es una verdad católica y un principio de la moral, que no se puede hacer mal intrínseco porque venga bien alguno. De suerte, que si de decir una mentira, aunque fuera leve, dependiera la salvacion de todos los condenados, nunca seria lícita esta mentira. Esto nos da a entender, cuánta es la gravedad del pecado, aun venial. Hay más todavía, y mucho más. Es otra verdad teológica, que todos los pecados veniales del mundo juntos no pueden igualar la malicia de un solo pecado mortal; tanta y tan grande es ella. Pues ¿cuál será la importancia de una asociacion que, por la diligencia caritativa de sus individuos, consiga impedir, no un pecado, sino muchos, no pecados veniales, sino mortales?

Burlaba alguno a San Ignacio de Loyola, en su empresa de reunir a las mujeres públicas que, arrepentidas, se recogian bajo la direccion del santo, que cuidaba hasta de sus alimentos y vestidos. El burlador alegaba las inconstancias de aquellas infelices, asegurando, y tal vez era ver-

dad en muchos casos, que volvian luego á su mala vida, y todo trabajo era perdido. San Ignacio respondia: «Si con mis diligencias consigo evitar un solo pecado, doy por bien empleados todos mis esfuerzos.» Esto se llama entender la importancia de esta clase de obras de caridad espiritual.

Si amáramos a Dios de todo corazon, y tratáramos con su Majestad frecuente y dilatadamente, algo comprenderiamos de lo mucho que importa al hombre unir su voluntad con la del Señor no tan solo en el sufrimiento de los trabajos, como se nos manda por la resignacion, sino queriendo lo que Dios quiere y como Dios quiere. Entónces comprenderiamos, y nunca plenamente, cuán agradable es ante los divinos ojos impedir el pecado y promover la virtud en nuestros hermanos, pues el Apóstol nos dice: «Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion.»

No hay otras razones en que fundar los lamentos y maldiciones de Jesucristo contra los escandalosos. La contradiccion a la voluntad divina y el daño que se hace al prójimo. De aquí se puede inferir en sentido contrario, cuán agradable será al Señor el buen ejemplo y toda obra cuyo objeto y fin sea el que se haga su voluntad misericordiosa, y el bien verdadero y durable de nuestros hermanos. Esto será ser mi-

sericordiosos, como lo es nuestro Padre celestial. Dedúzcase por estas razones la importancia de esta institucion.

Gloriase el hombre, y a veces con mentira, de no haber hecho mal a nadie. Esta será la gloria de los árboles y de las piedras. Dios lo acusará, no de perjudicial, sino de ocioso. Se siente otro contento de haber dado limosnas ó hecho otras obras de caridad. Tendrá razon si en su sentimiento no se mezcla la vanidad ó la jactancia. Mas la verdadera y sólida satisfaccion del cristiano debe consistir en obrar segun la voluntad divina, procurando el bien de sus semejantes, como lo procuró aquel que se entregó a la pobreza, al trabajo, al dolor, a la ignominia y a la muerte por salvarnos a todos. Esta es la importancia de la Propagacion. Esta fué la mision de los apóstoles, que no dudaron sacrificar su vida; ántes bien se alegraban en la muerte por la salvacion de los hombres, como no es capaz de alegrarse el codicioso que se encontrara un inmenso tesoro.

Ningun cristiano puede ser sobre este punto indiferente, ningun santo puede serlo. El anacoreta, el solitario, la religiosa en su claustro, todos han debido pedir a Dios que prodigara sus gracias y auxilios a los fieles, a fin de que la moral evangélica se conservara, se extendie-

ra, se perfeccionara cada vez mas y mas en la Iglesia. Ni ha sido otro el objeto principal que se propusieran los ilustres y heroicos fundadores de las religiones, siempre, y hoy más, perseguidas por el siglo. Los unos enseñando; los otros, recogiendo los huérfanos; estos, curando enfermos; aquellos, ayudando agonizantes; todos predicando y administrando los sacramentos, han tenido por norte el evitar el pecado, facilitar y generalizar la virtud, extirpar los vicios, y por tales medios conservar intacta la fe y alcanzar la salvacion de las almas, tan deseada por Jesucristo.

CAPITULO III.

NECESIDAD DE LA PROPAGACION.

Si la nueva religion cristiana, predicada al mundo por los apóstoles, hubiera sido tan solo una coleccion de dogmas abstractos que el hombre debiera creer, ni los gentiles le hubieran hecho la oposicion que le hicieron, ni ella hubiera producido la civilizacion perfecta y general que produjo. La esclavitud, la tiranía, la incontinencia, la crueldad y tantos vicios que embrutecian aun a los pueblos que se tenían

por cultos y sabios, no hubieran desaparecido, como desaparecieron casi del todo en las nuevas naciones cristianas, si los dogmas sagrados que se enseñaban no entrañaran la mas justa, la mas perfecta y mas santa moral. La que queda, aunque escasa, en los pueblos cismáticos, es un resto de la que se estableció en la civilizacion primitiva. Lo que se ha perdido, no ha sido por otra causa, sino por la herejía y la desunion.

El mundo siempre necesitó para tener sociedades perfectas, en cuanto cabe, de esta moral que en los gobernantes es la justicia y en los súbditos es la obediencia; entre los iguales, es la caridad; para con los enemigos, la conciliacion; para los sabios, la doctrina; para los ignorantes, su enseñanza; para todos los hombres, órden y bienestar. Mas no es hoy el tiempo de traer a buenas costumbres a las sociedades por medio solamente de verdades especulativas; porque estas verdades se han ofuscado con el humo negro y hediondo de la inmoralidad. Es, sí, el tiempo de ganar por la propagacion de la moral católica, al mismo incrédulo que ha renunciado a la fe. En otras épocas los errores contra el dogma se podian llamar herejías metafísicas, siempre hijas del orgullo del hombre; pero los errores de hoy nacen directamente de los vicios y las pasiones mas ruines y sensua-

les, que tratan de justificarse con falsos y sofisticos principios. Por consecuencia natural, hoy no se combate la impiedad y la incredulidad mas que con la propagacion de las buenas costumbres.

Desde que para desgracia del mundo cristiano comenzaron a propagarse en el siglo XV los libros y doctrinas de los filósofos paganos, que con tanto ardor abrazaron los cristianos filósofos, se preparó la corrupcion actual, cuyo fruto primero fué el protestantismo. No solo se admitieron las doctrinas gentilicas en la lógica y la oratoria y la poesía, sino en la metafísica, en la política y en la moral. De aquí el falso sistema de la libertad de pensar. ¿Cuándo no fué libre el pensar? La libertad que se queria, fué la de corromper. De aquí los derechos del hombre. ¿Cuándo los tuvo en el gentilismo? ¿Quién se los garantiza mejor que la ley de Dios? De aquí el desprecio y rebelion contra toda autoridad. ¿Cuándo dejará el hombre de estar sujeto a una ó a muchas, más tiránicas, cuanto ménos religiosas? Pero es el caso, que hoy no hay herejías, porque se niega todo y hay ateismo, deísmo, indiferentismo, que se llama, tolerancia; y hay todo lo que se encierra en la palabra inmoralidad. No hay, pues, otro remedio a los males de nuestra época, que la propagacion de la moral católica.

Se dice mucho y con demasiado fundamento, que el medio mas eficaz de reformar la sociedad es la educacion; pero hoy, y en nuestro país, ¿en manos de quiénes están los niños y la juventud? Y si se lograra que en todas partes se pusieran en manos hábiles y empeñosas, ¿podria conseguirse que se librara del ejemplo y de la funesta influencia de la generacion precedente? Además, ¿se ha de abandonar, como desesperada de remedio, a la sociedad actual? Ella, es verdad, pone en práctica los infames principios, que en libros, en novelas, en periódicos se propalan tan impune como generalmente. El suicidio, el desafío, el adulterio, el robo, el plagio, la revolucion, la desobediencia, la insolencia se han entronizado en los corazones de los mexicanos; pero el que se llame buen cristiano ¿ha de mirar con fria indiferencia tamaños males?

El protestantismo y la masonería procuran hacer prosélitos de cuantas maneras les sugiere el demonio: llaman gentes, distribuyen dinero, reparten libros, declaman como furiosos contra el inocente clero despojado, mendicante, desacreditado. El catolicismo ¿nada hará para salvar a tantos niños incautos, a tantos jóvenes propensos, a tantos pobres ignorantes, a tantos cristianos, que, habiendo abandonado la moral santa de su religion, viven mas que nunca, mas

que nadie, expuestos a perder la fe, y con ella, el alma, como tantos la han perdido ya?

Alumbra Dios por su misericordia los corazones de los católicos mexicanos, para que se convenzan de esta grande y urgentísima necesidad de propagar por cuantos medios sea posible, la moral católica.

CAPITULO IV.

UTILIDAD Y EFECTOS.

La utilidad de la propagacion de la moral católica es tan positiva y verdadera, como lo es la moral misma. Hay, sí, la diferencia que en ésta todos aprovechan; pero en propagarla, no puede ménos de aprovechar mucho mas el que lo procura. Ninguno puede corregir un yerro, dar un buen consejo, promover una buena obra, sin que se sienta a sí mismo estimulado, ó sin que su conciencia le remuerda de no hacer lo que recomienda, ó de cometer las faltas que trata de impedir en otro. De aquí es que, aunque nuestros esfuerzos en procurar la moral en otros fueran vanos é inútiles, nunca lo serian para nosotros mismos, pues siempre ganariamos en el premio de nuestra buena intencion y noble deseo, y en

la reforma y mejora de nuestras costumbres. Mas no hay porque ponerse en tan desventajosa situacion.

Un consejo saludable, una desaprobacion prudente, una doctrina oportuna, una conversacion discreta, un ejemplo virtuoso, si por el momento no hacen impresion en un espíritu alterado por alguna pasion, vienen a la memoria en los tiempos de calma, en los dias de tribulacion, en los casos imprevistos, en los desvelos de la noche, en los remordimientos de la soledad; y como una preciosa semilla, que se daba por perdida bajo la tierra, salta cuando ménos se espera, así viene el trabajo del propagador a producir su fruto cuando place a Aquel que solo da el incremento, que no se debe al que planta ni al que riega. ¿Quién no ha experimentado en sí mismo algo ó mucho de esta verdad? ¿A cuántos han servido en la edad propecta y hasta en la vejez, para convertirse, los consejos que una madre tierna y cristiana sembró en su corazon infantil en los primeros años de la razon? ¿Cuántas ocasiones viene como a herir dulcemente nuestro corazon el recuerdo imprevisto y nada procurado de un buen consejo, de una sábia doctrina, de una reprension amistosa? No hay que dudarle. La propagacion discreta, prudente y humilde de la moral nunca puede ser inútil.

No tengamos de la humanidad ideas tan tristes y desfavorables, que desesperemos de conseguir el fruto de nuestros trabajos. Es verdad que todos los hombres somos, por la corrupcion de nuestra naturaleza, mal inclinados. Es cierto que mas bien oímos al corruptor, al adulador y al mal consejero, que al amigo cristiano que solicita nuestro bien. Pero es igualmente cierto, que queda en el hombre, despues de la caída, una gran parte de su nobleza original, que su corazon es naturalmente inclinado al bien, y no lo busca porque sus pasiones se lo ocultan ó le disfrazan el mal; que muchos se pierden ó por los malos ejemplos y consejos perniciosos, ó porque les falta buena enseñanza y direccion. Esto es lo que debemos pensar y creer, y mil ejemplos que lo confirman encontraremos en el mundo con una poca de observacion.

El efecto que se conseguiria de una propagacion procurada, aunque fuera por pocos individuos, con tal que fuera aumentándose gradual y progresivamente, seria el mas bello espectáculo para Dios; el mas santo y tranquilo estado para la sociedad. Hijos obedientes, aplicados y juiciosos; padres dedicados, laboriosos y ejemplares; casados fieles, cariñosos y cristianos; criados leales, exactos y desinteresados; amos generosos, paternales y francos; familias, en fin,

ennoblecidas por la santa moral católica, empleadas en el trabajo, ajenas del lujo, ocupadas en bien del prójimo. ¡Qué sociedad llegarian a formar en una nacion que descansara bajo la hermosa sombra de la paz cristiana y que fuera regida por la dulce justicia del catolicismo! ¿Y seria esto del todo imposible? ¿Es esto un ensueño de jardines? No. Cuéntase que un rey de España preguntó a un religioso sencillo y santo, Fr. N.: ¿Qué haremos para componer este mundo tan perdido? El buen hombre respondió: Eso es lo mas fácil. ¿Cómo? dijo el rey admirado. Muy bien, añadió el santo. Comience V. M. por sí, seguiré yo, despues vendrá algun otro, y se compondrán y reformarán muchos.

Fórmense las asociaciones en los pueblos cortos por los señores curas; en las ciudades, por los mismos y por celosos eclesiásticos; entre las clases, por sugetos de influencia; traiga un propagador a otro, y éste a otro más; descienda la propagacion del rico al pobre, del grande al pequeño, del sabio al ignorante, del sacerdote al pueblo, y segun la actividad y celo con que se trabaje, los efectos serán tan saludables como visibles.

CAPITULO V.

FACILIDAD DE LA PROPAGACION.

Como esta institucion no es de tal naturaleza que exija el difícil recurso a la Silla apostólica, ni tampoco en este país, ni en ningun otro, demanda la licencia ó permiso del gobierno civil, pues no tiene carácter canónico ni ménos jurídico; como, por otra parte, no necesita para plantearse, dineros, ni locales, ni diligencias, ni libros, ni gastos, ni aun mucho tiempo; no hay, ó mejor dicho, no tiene aspecto alguno de dificultad. Solo la pereza é inaccion, la inconstancia y veleidad se pueden llamar obstáculos, y con razon, porque son obstáculos fuertes, pero de ninguna manera invencibles, porque pende de nuestra voluntad el superarlos.

Ninguna dificultad encontrará un prelado ó un párroco en hablar a su diocesano ó feligrés en junta, ó mejor individualmente, y proponerle, que se resuelva cristianamente a procurar con el posible empeño, que todas las personas de su trato y amistad vivan como verdaderos creyentes, guardando los divinos mandamientos. Es imposible que en el pueblo mas pequeño y desmora-

lizado no haya algunos hombres y más que algunas mujeres, que se propongan trabajar de cuantas maneras sea posible en evitar pecados, en arreglar matrimonios descompuestos, en reconciliar enemistades, en casar a los que viven en mal estado, si son personas capaces, en convidar a los descuidados que asistan a la misa y al sermon, en aconsejar a los sencillos, que no se dejen engañar por los protestantes y masones; en una palabra, en impedir todo el mal que se pueda y hacer todo el bien espiritual y moral que sea dable.

Si para tan buenas obras se necesitara un acopio de ciencias, un talento extraordinario, un valor y fortaleza de mártires, la mision y dignidad del sacerdocio, la autoridad de los mandarines, pudieran muchos y en muchos casos excusarse de pertenecer a la asociacion; mas no es así. Lo que se requiere es una mediana y suficiente instruccion en la doctrina cristiana, una actividad diligente, y sobre todo, una caridad verdadera, a saber: el amor de Dios, cuya gloria se desea, se busca y se procura sobre todo, y un sincero amor del prójimo, por cuya salvacion se trabaja. De esto se tratará en adelante; pero bien podemos permitirnos el asegurar que la propagacion de la moral católica, si a muchos proporciona el aprovechar su sabiduría y sus ta-

lentos, a nadie es difícil. Recordemos, cómo la piedad y devoción a María Santísima impuso en nuestro país, no solo en las universidades, sino en las santas escuelas y en las religiones a los legos mismos, el voto de creer y defender, que la Madre de Dios fué concebida en gracia. ¿Qué decían en este voto los legos y los ignorantes? «Segun mis fuerzas.» Así puede y debe ser el propósito de cada uno en agregarse á la propagación.

En efecto, nadie carece en el mundo de relaciones, ya de parentesco, ya de amistad. A ninguno faltará ocasión, ántes bien a todos se ofrecerán, aun sin buscarlas, oportunidades que no pueden sin culpa desaprovecharse. Bien se entiende que se trata aquí de aquellos casos en que no hay una obligación por nuestro propio estado ó por otras circunstancias de obrar el bien ó impedir el mal bajo nuestra responsabilidad ante Dios; porque en tales casos, haya ó no haya facilidad, debemos, a todo trance, hacer lo que conviene, y esto por justicia. Trátase de aquellas ocasiones y oportuñidades en que, no estando obligados de justicia, obramos por caridad y misericordia, aunque sea con sacrificio de nuestro tiempo, de nuestro gusto y de nuestro amor propio.

Convengamos, pues, en que la Propagación de

la moral en grande ó en pequeña escala, con esta ó aquella clase, de esta ó la otra manera, nada tiene de difícil para nadie; y será tanto mas fácil, cuanto mas nos empeñáremos en pedir á Dios sus gracias y auxilios para hacernos capaces y a los prójimos dóciles.

CAPITULO VI.

EL MÉRITO DE LA PROPAGACION.

De las cosas divinas es la mas divina cooperar con Dios en el negocio de la salvación de las almas, dice San Dionisio. Conviene con lo que dice Dios por Santiago (V, 20): «El que hiciere convertirse al pecador del error de su camino, salvará su alma y cubrirá la muchedumbre de sus pecados.» Salvaste una alma, salvaste la tuya. ¿Qué mayor mérito? No era necesario decir más para nuestro pleno convencimiento. Mas tampoco es inútil decir algo de lo que conviene.

«No todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, dice Jesucristo, sino los que hicieron la voluntad de mi Padre.» ¿Y cuál es la voluntad mas declarada, mas conocida de este Padre tan amoroso, que